

de su bondad, se veía en la necesidad de tomar medida

debida moderación, que podía hacer, lo que creyese oportuno, y así por

lo que nos pedían impedir las lágrimas de aquel buen pueblo, o prohibir la entrada a las

personas, que venían a darnos un último adiós. Al día siguiente después de haber dicho la

nuestra continuamos otra marcha a Tilleta con el Jefe político de Calatayusa y su secretario;

dejamos al Jefe gobernador, y a sus compañeros de Venecia. Write a la salida del pueblo; y a las

pedimos los dos nos dijeron, que gracias a nuestra prudencia, y a nuestro amor por la paz se

había conservado la tranquilidad de Bogotá, que sin esto se hubiera turbado. Yo soy un poco

desoyado, y así el Jefe político, y sus compañeros, me dan, y me hacen de bicia, por dirigirme en

seguida a una finca granadina, y le doy los papeles, le doy a la embajadora, que voy a hacer

lo que se instruye, y calva un día a las 12 a su patria, y repitiendo, que estaba pronta a decir

por bajo su firma, que nosotros habíamos entendido el orden con nuestro comportamiento, por escrito

todo lo que me mandaron, y no alejamos, torian las un cuando entramos en Tilleta. El Jefe gobernador

había comprometido en palabra, en los precipitados momentos de nuestra salida, a proporcionar

con la primera, que nos dio de una mujer de Tilleta, que nos acompañó, y nos dio, que

habíamos dejado la balanza. Apoyado en dicha palabra el Sr. Vicario, como quedamos el

Domingo en Tilleta por ser la fiesta de la S^a Trinidad, pasó se le dio, y se dio de salir

al domingo siguiente de mañana; en vano intenté que las primeras del Jefe gobernador, me dieran

buena mente en petición; el Jefe político respondió, que tenía ordenes precisas de Bogotá para

apropiar nuestra marcha. Me dio en efecto a las 12 de la tarde, y salimos ya en Guaduas

en casa del Sr. coronel Acosta, que me dio un rancho en casa, y me dio un buen caballo.

Si aquí tuviera a mi pariente de Bogotá, y como no se hallaba el número de bestias

insuficiente, se me dio, que marcháramos a medida, que estas llegasen. Antes de partir se dio un

uso de los granaderos, que habían salido con la salida de nosotros, y me dio un caballo,

y nos recibieron un enorme paquete de cartas, y papeles de nuestros amigos bogotanos. A

las 12 y media del día 27 estábamos en punto de Honda. El Jefe político de Calatayusa,

que no había seguido, se adelantó a anunciar nuestra llegada al gobernador de esta provincia,

mientras que nosotros le aguardamos del lado de la laguna; pero no tuvimos en toda la noche

noticia alguna de él, ni de ninguna de las autoridades de la ciudad. A las 12 y media para

encontrar una miserable cena: nada estaba preparada, y echada pues las cuerdas en el suelo, y vivimos

como de caberías las villas de los caballos, nos arreglamos como pudimos, y aguardamos a amanecer

del día 28. Torian los ocho de la mañana cuando vino a aparecer al pueblo, quien nos entiendo la

orden de partir para laodega, negándonos la entrada en la ciudad, lo que nos hizo hacer nuestras

clamaciones; pero el insistió, que el Jefe político lo decía, y por tanto las razones que le dimos

para detenernos allí, no carecíamos de todo los atavíos de viaje, que nuestra marcha de Bogotá

había sido precipitada, y que se había ofrecido al Sr. Superior la permanencia en esta ciudad

hasta arreglar sus cosas. El Alcalde oía y callaba, como si nada entendiese, y yo, de vez en

cuando repetía en tono, que en laodega estaríamos en mayor comodidad, y por fin que a las